

SERMON
DE LA DIVINIDAD
DE LA RELIGION CATÓLICA.

(DE SANTANDER.)

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Guardáos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad.

S. Pablo á los hebreos, c. 3. v. 12.

La vista del universo, las luces de la razón, el testimonio de nuestro corazón, las costumbres y prácticas de todos los pueblos, el clamor de nuestra conciencia, todo nos anuncia, todo nos demuestra que el hombre está sometido á una religión, quiero decir, á una regla divina, dada por Dios para nuestra creencia, nuestro culto y nuestras costumbres, la que nadie puede ignorar, ni desobedecer sin delito. Pero ¿cuál es esta religión que el cielo ha dado al hombre, y que une al hombre con Dios? Es la religión que vosotros, amados cristianos míos, profesáis; es la Religión santa, católica, apostólica y romana.

Esta sola tiene un carácter de divinidad que falta en todas las demás que se conocen; esta sola es la religión que Dios ha dado á los hombres; esta sola es la únicamente verdadera. Dos principios luminosos van á demostrarlo. Es evidente que la religión de un Dios verdadero debe ser pura y santa en su doctrina, porque el Dios que la revela, es la verdad, la sabiduría y la santidad por esencia, y nada puede prescribir que sea falso ó vicioso. Es evidente también que la religión de este verdadero Dios debe ser una religión antigua y permanente, que abraza todas las edades, porque Dios ha debido ser adorado y servido en todos los tiempos, y la religión enseña el modo de servirle y adorarle. Será pues evidentemente la religión verdadera y la única aquella que reúna estos dos caracteres de divinidad, *la pureza de la doctrina y la perpetuidad de su existen-*

cia. Sola la Religión católica los reúne, luego sola ella es la verdadera. Temamos, cristianos, deshonrar una religión tan pura por nuestras malas costumbres. Temamos perderla por nuestras incredulidades. Vedlo bien, hermanos, diré con el apóstol san Pablo, no sea que se encuentre en alguno de vosotros un corazón incrédulo á las verdades eternas que trato de demostraros. *Videte fratres...* No hagáis violencia á vuestra razón y á vuestra fe, y si ellas se os presentan, seguidlas con la seguridad de los que caminan por la senda de la verdad.

Dios inmortal, justo, sabio, santo y omnipotente, iluminádmeme, sostenédmeme, conducídmeme con vuestros auxilios, para que yo procure vuestra mayor honra y gloria, y la utilidad de las almas. Hacéldo así por la intercesión de María Santísima, con cuyo soberano patrocinio pretendo demostrar las dos verdades que acabo de proponer.

PRIMERA PARTE.

La verdadera Religión del Dios verdadero ha de ser pura en su doctrina; pura en lo que enseña y pura en lo que manda; pura en sus dogmas, pura en sus preceptos. Solamente la Religión católica, apostólica, romana goza estos admirables privilegios, ella sola es la religión de un Dios verdadero, de un Dios sabio y de un Dios santo.

Sí, cristianos, vuestra religión es pura en lo que enseña. Levántese el impío contra sus dogmas, y sirva su incomprendibilidad de pretexto á los incrédulos. Yo lloraré su ceguera, si hablan de buena fe, ó detestaré su maldad, si obran contra su conciencia y sus luces. Pero sea lo que fuere de su modo de pensar, yo pensaré siempre conforme á mi fe, y la confesaré francamente delante de los cielos y la tierra. Confesaré que sus dogmas me unen á la santa Religión que gloriosamente profeso, y ellos me sostienen y fortifican en la fe. Dogmas venerables, objeto eterno de las contradicciones del impío! vosotros sois los que me dais ideas verdaderas, ideas sublimes, ideas sostenidas y consiguientes de la naturaleza de Dios y del hombre. Vosotros, dogmas sagrados, conciliáis la providencia, la bondad y la justicia de Dios con esta universalidad de males que nos afligen, y con esta propensión espantosa que nos in-

clina al mal. Sin vosotros yo seria el ser mas incomprensible y el misterio mas inexplicable de todos. Vosotros me explicáis las contradicciones eternas que experimentamos en nuestra naturaleza, entre nuestros pensamientos y nuestra razon, entre el hombre carnal y el hombre espiritual. Sin vosotros yo no conoceria á mi Dios con las ideas que de él me dais; yo tampoco conoceria al hombre entre las contrariedades que en él siento. Nada descubriria en toda la naturaleza mas que unas horribles tinieblas, mas espesas y palpables que las que cubrieron el Egipto. La naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre volverian á quedar abismadas en aquel cáos impenetrable á los filósofos y á los hombres mas ilustres del paganismo.

Abramos los ojos para ver el universo, y en este gran libro, escrito con caracteres indelebles, veremos la existencia de Dios, principio de todo, conservador de todo y primer motor de todo. Qué grande, que magnífico se presenta! qué sabiduría tan infinita preside á sus consejos! qué omnipotencia brilla en sus obras! Yo siento su presencia; yo tiemblo delante de él; yo le amo y le adoro. Sobre el mismo mundo que habito, veo millones y millones de hombres de la misma naturaleza que la mia. Conocerme á mí es conocerlos á todos: trato de conocerme: reflexiono sobre mi naturaleza; ¡pero Dios inmortal, qué oscuro laberinto se presenta de repente á mi imaginacion! Mis ideas se pierden y se confunden: cuanto mas considero, mas me abismo. ¿Por qué yo me veo rodeado de miserias, cuando yo siento en mí una inclinacion poderosa á la felicidad? ¿por qué yo me veo castigado en mi tierna infancia, ántes de saber lo que es delito? ¿por qué yo experimento en mí una atraccion grande hácia el mal, cuando mi razon me manda imperiosamente obrar el bien? ¿por qué suspiro por mi verdadera y completa felicidad, no hallando vestigios de ella aquí en la tierra? ¿por qué Dios me entrega á un mar borrascoso de aflicciones y calamidades, sabiendo yo que es esencialmente bueno, y que me ama infinitamente? ¿por qué permite que la virtud gima oprimida, y que el vicioso viva prosperado, no pudiendo yo dudar que ama la virtud y aborrece el vicio? por qué...? mas no prosigamos. Basta lo dicho, para conocer el abismo de incertidumbre y de ignorancias en que me envuelvo, si calla la Religion.

Pero apénas esta bella aurora muestra su luz, apénas habla,

las nubes se disipan, la claridad aparece y todo se descubre. Yo soy desgraciado, por haber nacido de una sangre infecta por la primera culpa. Tengo inclinacion al mal, porque mi naturaleza viciada en su origen, no está como salió de las manos del Creador. Yo suspiro por la felicidad, porque soy formado para el soberano bien. Experimento batallas, porque Dios me prepara las coronas. Dios es santo, prohibiendo el crimen, justo, castigándole, misericordioso, perdonándole. Dios es bienhechor, y nos colma de sus dones; es santificador, y nos previene con sus gracias; liberal y magnífico, y nos recompensa con una gloria eterna nuestras virtudes. El hombre dichoso no se abandona á una insolente gratitud; él respeta la mano que le dispensa su felicidad, y que puede despojarle de ella: el hombre desgraciado no se entrega á una escandalosa desesperacion: si está culpado, se humilla, conociendo que Dios misericordiosamente le castiga para sacarle de sus extravíos; si está inocente, él sabe que Dios le prueba para purificarle y multiplicar sus merecimientos. La Religion habla, y á su voz la divinidad aparece siempre justa, y la razon queda ilustrada y satisfecha. ¡Qué verdaderos, qué irrefragables son estos dogmas augustos! ¡qué conformes los descubro con las ideas que yo formo de Dios y de mí mismo! Pero ay! si no habla la Religion, todo me es desconocido. Dos métodos se conocen para llegar á la certidumbre: el uno nos lleva de una verdad evidentemente conocida á consecuencias que con la misma evidencia se demuestran; nuestros dogmas incomprensibles no son de esta clase: el otro nos conduce desde una verdad desconocida á una verdad evidente y confesada de todos. Este segundo método ilustra mucho la respetable oscuridad de nuestros santos dogmas, que á primera vista parecen inaccesibles á nuestra penetracion. Exliquémonos con varios ejemplos para hacer perceptible esta verdad. Es cierto que hay un pecado original? Ved ahí una verdad oscura en sí misma; pero ella se demuestra segura y cierta por la conexion con el principio conocido de la bondad, de la omnipotencia y de la santidad de Dios. Mi alma se acerca al santuario de la Divinidad, y descubre un Dios esencialmente bueno, esencialmente enemigo de todo delito, esencialmente amante de la virtud, esencialmente sabio y todopoderoso: no es posible comprender que nos haya formado con un espíritu tan ciego, con un corazon tan corrompido, con un cuerpo su-

jeto á tantas miserias, y con una naturaleza tan viciada en su sustancia. Sin duda no salimos tan miserables de la mano del Criador: nuestra naturaleza se degradó, y se pervirtió despues; algo hicimos que mereció este castigo que todos experimentamos. Ved ahí el pecado original: ved ahí una verdad ántes ignorada, y ahora conocida.

Hagamos otras preguntas. Hay otra vida despues de la presente? Esta es otra verdad oscura en sí misma; pero se demuestra clara y cierta por la conexión que tiene con el principio conocido de la sabiduría y la justicia de Dios. Coloquémosnos con el pensamiento en la inmóvil eternidad: qué descubrimos? Una perpetua inconstancia en la escena del mundo y de los tiempos. Vemos cómo aparecen y desaparecen las generaciones humanas; vemos crímenes sin castigo y virtudes sin premio. Y decimos: Dios es justo, Dios es santo; él ama la virtud y aborrece el vicio: luego este ha de tener castigo y aquella premio: muchas veces no le tiene en esta vida; luego hay otra en que le tenga. Qué! un Dios justo, un Dios infinitamente sabio y santo, ¿no habia de criar millones y millones de hombres para otro fin que hacerlos juguete de las pasiones, los crímenes y las desgracias? El hombre, la mejor criatura de cuantas vemos que salieron de sus manos, ¿no ha de tener otro destino que pasar rápidamente sobre el teatro del mundo, lleno de calamidades y miserias, para sumergirse despues en la nada eterna? ¿Este ha de ser el término del caritativo y el envidioso, del bienhechor y el avaro, del homicida y el pacífico, del hombre virtuoso y el malvado? Mi razon lo repugna; la santidad de Dios lo contradice; es evidentemente un imposible. Luego hay otra vida en que tendrá la virtud un premio eterno, y un castigo eterno el pecado.

Hay un culto fijo y determinado? La razon halla muy oscura esta verdad; pero escuchando á la Religion, la ve clara é indubitable por la conexión que ella tiene con la sabiduría y la santidad de Dios. La Religion habla: Dios ha criado al hombre para que le conozca, le honre, le obedezca y ame; el hombre debe dar á Dios un culto que le honre. Un culto impuro, un culto infame, cruel, sacrilego y fanático, no es culto digno de Dios. Dios no acepta todos los cultos: Dios ha hablado: obediéndole los hombres, le darán el verdadero culto que exige de ellos: todos formarán una familia religiosa, y desde el Oriente

al Occidente se le ofrecerá al Ser eterno una hostia pura é inmaculada.

Hay una ley eterna é inmutable? Esta verdad oscura se transforma en una verdad clara y cierta, por la conexión con el principio claramente conocido de que hay en Dios providencia y rectitud soberana. Preguntémoslo á nuestro corazon, y nos responderá, que una mano invisible ha grabado en él una regla de costumbres, á la cual se siente sometido. Preguntémoslo á nuestra razon, y nos dirá que la virtud no es un fantasma que nadie ha visto, ni el vicio es una quimera ó un nombre vano, cuya realidad no existe; sino que hay seguramente una autoridad suprema que prohíbe el vicio y manda la virtud. Preguntémoslo á la idea que tenemos de Dios, y ella nos responderá, que un Dios sabio, un Dios que ama el orden, un Dios que es la santidad por esencia, no ha criado al hombre para entregarle sin freno al desorden de sus pasiones y sus furores. De todo lo cual concluiremos: luego hay una ley divina, una regla eterna é inmutable de costumbres, que obliga en todos los tiempos y en todos los lugares, y que ninguno puede traspasar impunemente. Ved cómo los dogmas sacrosantos de mi Religion, aunque algunos sean oscuros en sí mismos, se demuestran por otros principios evidentemente conocidos y confesados de todos.

Eso es verdad, dicen los impíos, que una cosa oscura se prueba y hace clara por un principio claro con que está unida; pero en vuestros dogmas, añaden, hay lo repugnante de ser contrarios á la razon. Y en vuestras imposturas, responderemos nosotros, hay lo ridículo é injusto, de hallarse mil veces confundidas y mil veces vueltas á proponer, sin que vosotros queráis ver la luz, ni usar con rectitud de vuestra razon, para confesar con ingenuidad y franqueza las verdades demostradas. Millares de veces se os ha dicho, que una cosa es ser sobre la razon, y otra ser contrario á la razon. Nuestros dogmas superan el alcance de la razon natural, porque de otro modo ni fueran misterios, ni la fe tuviera mérito en su creencia; pero no son contrarios á la razon. Esta luz natural nada halla en los dogmas que la sea evidentemente repugnante ó imposible. Idlo escuchando. No solo no es contrario ni repugnante á la santidad de Dios, sino muy conforme á ella, el que siempre aborrezca lo que siempre es pecado, y siempre ame lo que siempre es vir-

tud. No es verdad? Pues ahí tenéis la posibilidad y la verdad de las penas y recompensas eternas en los que salen de esta vida en pecado ó en gracia. En el uno siempre Dios verá y aborrecerá el pecado; en el otro siempre verá y amará la virtud. Ved ahí el infierno eterno con que castiga al pecador, y el cielo eterno con que premia al justo.

El género humano no tenía un derecho imprescriptible al estado de la justicia y felicidad original. Dios le crió en ella por un puro efecto de su gracia, de su bondad y de su beneficencia: los hijos han podido sin injusticia ser privados de este beneficio, y castigados por el delito de sus padres. Ved ahí la posibilidad del pecado original, que tan oscuro le parecía á la razón. La naturaleza humana no dice oposicion esencial á otra naturaleza superior; puede muy bien efectuarse esta union, aunque no se comprenda por la razón, como realmente no se comprende la union de la naturaleza del alma inmortal al cuerpo mortal: ved ahí la posibilidad de la encarnacion del divino Verbo. Las apariencias no dicen union necesaria con la materia; ellas pueden separarse: aquí tenéis la posibilidad de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. La separacion del alma y el cuerpo no dicen oposicion esencial con una nueva union: ved ahí la posibilidad de la resurreccion general. La naturaleza no dice conexion necesaria con estas ó las otras leyes precisamente; el que las puso, puede interrumpirlas ó dispensarlas: aquí tenéis la posibilidad de los milagros. La unidad de naturaleza, ¿qué oposicion dice á la multiplicidad de las personas? Ninguna. Pues ¿en dónde está la imposibilidad ó repugnancia del adorable misterio de la Trinidad? Acabemos de confesar de buena fe, que nuestros santos dogmas nada tienen que sea evidentemente contrario á la razón. Si el que no los comprende, no debe creerlos, tampoco debemos creer que vivimos, porque á la verdad no comprendemos cómo vivimos. Tampoco debemos creer que pensamos, porque no alcanzamos á conocer cómo sea nuestro pensamiento. ¿Quién negará que caminamos, nos sentamos, nos movemos, hablamos, vemos y oímos? Y ¿quién explicará cómo el alma espiritual imprime su accion y movimiento en el cuerpo? No, señores: no es solamente en la armonía del universo, en el movimiento periódico de los astros y en la naturaleza de los elementos, donde nuestras fuerzas naturales se estrellan, y nuestras luces se ofuscan;

dentro de nosotros mismos hallamos abismos insondables. No hay enigma mas incomprendible para el hombre, que el hombre mismo: neguemos ya nuestra existencia, pues que no la comprendemos. ¡Miserable ceguedad, querer someter los misterios de la Divinidad, las maravillas de la creacion y las operaciones de la Providencia, á las débiles luces de la humana inteligencia, que se confunden en una yerba, en una flor, en una arena, sin llegar jamas á comprenderlas! Quedemos pues firmemente persuadidos de que la incomprendibilidad de nuestros dogmas no destruye la credibilidad que les ha impreso la divina revelacion. Cuando hablan tantos estupendos prodigios, obrados delante de todas las naciones; cuando tantas ilustres profecías, justificadas con el mas exacto cumplimiento; cuando millares de millares de testimonios dados por los cielos y la tierra, atestiguan la verdad de nuestros dogmas; ¿cómo podrá justificarse el incrédulo con el título de su incomprendibilidad? ¡Ó Dios y Señor, exclamaba el santo profeta David, vuestros testimonios tienen un carácter superabundante de certidumbre y credibilidad! Justa es, razonable es, la sumision que les prestamos, decia el apóstol san Pablo.

Vuestra Religion, cristianos míos, no solo es pura en lo que enseña, lo es tambien en lo que manda. El culto y la moral son el objeto de sus preceptos. Considerád, católicos, vuestro culto, y le veréis puro y santo: reflexionád sobre la moral del Evangelio, y veréis la humildad, el desinterés, el reconocimiento, la sumision, la caridad, y en una palabra todas las virtudes. Las ceremonias exteriores son santas y augustas; todo respira en ellas la majestad del Dios á quien se dirigen, y el zelo respetuoso del hombre que las ofrece. Por el ejercicio interior de la fe, de la confianza, de la obediencia, de la adoracion, de la conformidad de nuestra voluntad con la divina y las demas virtudes, procuramos delinear en nuestras almas la imágen de las que practicó nuestro Padre celestial: ved un culto de imitacion. Por nuestros himnos y cánticos publicamos sus grandezas y perfecciones: culto de admiracion. Por las ofrendas que le presentamos, por la tierna memoria que conservamos de sus beneficios, confesamos que todos los hemos recibido del Señor, como fuente y manantial inagotable de todos los bienes: culto de reconocimiento. Por nuestra sumision á las leyes que nos ha intimado, respetamos sus órdenes y su so-

berana voluntad : culto de obediencia. Por el arrepentimiento de nuestros extravíos, por la dolorosa confesion de nuestras faltas, por los tiernos suspiros con que clamamos, le reconocemos por nuestro Padre, y nuestro único y sumo bien : culto de esperanza y de amor. Por nuestras oracionés, por nuestras súplicas, por nuestro humilde abatimiento en su adorable presencia, imploramos sus misericordias, reconocemos su omnipotencia y su soberano dominio : culto de dependencia. Por el sacrificio de la víctima sacrosanta expiamos nuestras faltas, aplacamos sus enojos, agradecemos sus beneficios y conseguimos sus socorros : culto de adoracion, de expiacion, de impetracion y accion de gracias. El culto interior es el alma del culto exterior ; este ayuda, manifiesta y sostiene á aquel, y el uno y el otro forman el verdadero culto que debe dar el hombre con su cuerpo y su alma al omnipotente Criador de su alma y de su cuerpo : culto razonable, culto que la Religion manda y culto que Dios aprueba. ¿Puede imaginarse un culto religioso mas puro ni mas santo? *Rationabile obsequium vestrum.*

Para hablar de la moral del Evangelio, era menester escribir grandes libros : digamos solamente, que condena todos los vicios, y manda todas las virtudes. Los vicios que la razon desaprueba, nuestra Religion santa los proscribte por el temor de un Dios vengador de sus ofensas : las virtudes que á la razon agradan, nuestra Religion las anima y perfecciona con la esperanza de unas recompensas eternas, con que Dios justo las premia. Las virtudes paganas tenian necesidad de aparato y exterioridad para sostenerse : las virtudes cristianas pueden practicarse en el estado de la elevacion y en el de la humillacion ; de dia claro y en la noche oscura. Dios, que es el objeto á quien miran, y el testigo que desean, lee igualmente en los corazones humanos, así en la luz como en las tinieblas, porque todo está claro y desnudo á la penetrante vista del Señor. Las leyes humanas regulan las acciones exteriores : que vuestra intencion sea ó no conforme á la ley, que vuestro espíritu y corazon sean lo que quieran, poco las importa. Nuestra santa é inmaculada ley penetra hasta el interior ; llega hasta el corazon, para prevenirle contra todo deseo vicioso, y le manda desterrar todo pensamiento desordenado ó impuro. Nuestra santa ley trata de hacer hombres virtuosos interior y exteriormente, y quiere que sean mas religiosos á los ojos de Dios que á los de

los hombres. Una moral pues tan pura y santa ; una moral que prescribe nuestras obligaciones en todos los tiempos, en todas las situaciones y en todas las circunstancias ; una moral que nos instruye por las máximas, las mas sanas y mas sublimes ; una moral que reprime el vicio por el temor de los mas terribles castigos, y anima á la virtud por la esperanza de las mas magníficas recompensas ; una moral que une los hombres entre sí por medio de las virtudes mas sólidas ; una moral que nos enseña á sacrificar generosa y constantemente todos nuestros intereses á la justicia, nuestros resentimientos á la caridad, nuestras pasiones á la razon, nuestras fortunas, nuestro honor y nuestra vida á la inviolable obligacion de la divina ley ; ¿ podrá una moral semejante no ser la moral de un Dios? *Lex Domini immaculata.*

Soberbios políticos, que todo lo queréis reducir al cálculo del interes temporal, abrid un dia los ojos para ver la feliz trasformacion que causaria en el universo la observancia de esta Religion pura y divina. Dádme su práctica en los espíritus y corazones de los hombres, y yo os mostraré desterrados el fraude, la violencia, la ambicion y la avaricia, que tantas veces han perturbado la tranquilidad de los estados. Dádme la observancia de mi Religion cristiana en los hombres, y no volveréis á ver la espantosa discordia, turbando la paz de las familias, la tenebrosa calumnia, denigrando la inocencia, la miserable envidia, persiguiendo el mérito y á la virtud, la destemplada embriaguez, alterando la naturaleza y el temperamento, las enormes crueldades é injusticias, atrayendo sobre la tierra las justas, pero formidables venganzas del cielo ; las guerras sangrientas, desolando las ciudades y provincias. En todos los reinos reinarian como padres los monarcas ; los vasallos obedecerian como hijos por amor y por principios de su santa Religion ; los pobres hallarian socorro en el corazon de los ricos, y estos serian el consuelo y el descanso de los pobres ; la buena fe reinaria en el comercio, la equidad en los tribunales de justicia, la fidelidad y mutua union en los casados. La ley de Jesucristo, religiosamente observada, pondria sobre la tierra aquellos primitivos tiempos de inocencia y felicidad, para los que Dios nos habia criado, y que perdimos por la inobediencia de nuestro primer padre.

Si queréis, amados mios, añadir la prueba del ejemplo á la

de la especulación, de que acabamos de hablar, reflexionad un poco sobre los diferentes estados de los ciudadanos, y por las costumbres de los verdaderos cristianos aprenderéis á conocer la influencia del cristianismo sobre la pública felicidad. ¿Quiénes son los hombres distinguidos en cuyo corazón arde el amor, y se ve la beneficencia con los colonos que cultivan los campos, y con el sudor de su rostro aumentan los bienes temporales, sino aquellos que bien penetrados del espíritu del cristianismo, los miran como hermanos, los aman como hijos, y los protegen como poderosos protectores? ¿Cuáles son los jueces incorruptibles á las sorpresas de la adulación, á los alicientes del interés y á la fuerza de los empeños, sino los verdaderos cristianos que mantienen en fiel la balanza de Astrea, á pesar del parentesco, del paisanaje, de los terrores y de las esperanzas? ¿Quiénes son los militares que obedientes á sus jefes y observantes de sus ordenanzas, viven contentos con su prest, acometen con valor á sus enemigos en la campaña, y no incomodan á los paisanos en sus marchas y alojamientos? Reflexionadlo bien: los que adornados del espíritu del cristianismo, sirven á Dios y á la patria con fidelidad. ¿Cuáles son los comerciantes incapaces del fraude y la injusticia? Los buenos cristianos, á quienes su Religión santa enseña á mantener en sus giros la buena fe, en sus ventas la equidad, y en sus cuentas la exactitud. ¿Quiénes son los artesanos que trabajan las obras con solidez, que no malgastan en la ociosidad las horas destinadas á la labor, ni en la taberna su jornal? Los buenos cristianos, que instruidos por su Religión, saben que cometerían un hurto en no emplear en el trabajo las horas correspondientes á su jornal. ¿Quiénes son los esposos fieles, los padres vigilantes y edificativos, los hijos obedientes, los criados humildes y los amos irrepreensibles? Son aquellos que dirigen sus costumbres por las puras leyes de la Religión cristiana. Hombres mundanos, aprended á amar nuestra santa Religión por las felicidades temporales y eternas que os procura. Ella sola es únicamente la verdadera; ella sola es únicamente la divina: *Lex Domini immaculata.*

¿Qué otra religión podréis presentarme? la del ídola? Sus puntos de creencia son absurdos y extravagantes; su culto infame y cruel; su moral favorece á todos los vicios y degrada la razón. Puede ser esta la religión de un Dios santo? Será la reli-

gion del mahometano? ¿Fue mas que un impostor atrevido Mahoma, que se hizo obedecer con las armas? ¿Es mas su Alcoran que un tejido de fábulas y de errores, los mas absurdos y extravagantes? su culto no es frívolo y supersticioso? no fomenta su moral las pasiones mas obscenas? no es su gloria animal, sensual y torpe? ¿Podrá ser esta la religión y doctrina de un Dios puro, santo y justo? Será la religión del deísta? Pero ¿qué secta es esta tan extravagante é inconsecuente, que confiesa la existencia de un Dios estúpido é inerte, que ni se disgusta por nuestras blasfemias, ni le agradan nuestros cultos? ¿que ni tiene castigos para el vicio, ni premio para la virtud? ¿que entretenido en sus perfecciones, mira con indiferencia todos los cultos, permite todos los crímenes mas infames, que el pudor no permite siquiera nombrar, y no prohíbe sino los delitos civiles y políticos? Si no hemos perdido enteramente el entendimiento, ¿puede una doctrina semejante dejar de horrorizarnos? Y será esta la doctrina de un Dios santo? ¿Será la religión de Calvino y Lutero, y la de todas las ramas infectas con el veneno de estas emponzoñadas raíces? ¿Un Dios tirano, que condena al hombre por crímenes decretados por el Señor, y que la necesidad le obliga á cometer? ¿un sistema de religión variante, y sin firmeza en sus dogmas esenciales? un culto sin sacrificio? una misa sin cuerpo y sangre de Jesucristo? Pues ¿qué! el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, ¿no dijo con claras y terminantes palabras en la noche de la cena, cuando consagró el pan y el vino: *este es mi cuerpo, y esta es mi sangre?* Será doctrina de Dios la que niega sus adorables verdades? ¿No las habia predicho un profeta, cuando por orden del Señor dijo tantos siglos ántes de verificarse: *desde el Oriente al Occidente se me ofrece en todo lugar una hostia pura é immaculada?* Cuál es esta, si no lo es la Eucaristía? Por último, ¿será la religión de aquel pueblo, ántes tan amado del Señor, y ahora hecho la execración de todos los pueblos? Ó Israel! ¡ó desgraciada descendencia de una nación tan favorecida del cielo en otros tiempos! ¿Dónde están tus templos, tus altares, tus sacrificios, tus leyes y tus sacerdotes? ¡Qué contraste entre tus antiguas é ilustres profecías, y los modernos delirios de tus rabinos y talmudistas! ¿Es posible que aquel Dios omnipotente, que crió los cielos y la tierra, y trastornó tantas veces, por favorecerle, las leyes de la naturaleza, no sea ya mas en nues-